

Me presento, mi nombre es David Sánchez y estoy estudiando historia en la universidad de Zaragoza, pero la verdad, no sé porqué me metí a esto, probablemente porque fuera lo más fácil, pero se me da de pena. A mí lo que en realidad me gusta son las ciencias y en mis ratos libres soy inventor. Mañana tengo un examen sobre el Compromiso de Caspe, y hace unos días no sabía nada, pero por suerte, el fin de semana inventé una máquina del tiempo, no penséis que estoy chalado, porque la probé y funciona, y me viene genial para no tener que estudiar, así que os contaré lo que hice.

Hace dos días se me ocurrió viajar al 31 de mayo de 1.410, al pueblo de Caspe, día en que murió Martín I El Humano, el rey de Aragón, según indica mi libro de historia.

Aparecí en la puerta de la colegiata de Caspe con unas vestimentas algo extrañas, llevaba una camisola blanca con un cinturón y unas calzas marrones, en los pies unas sandalias de piel, al parecer yo pertenecía a la clase media. El lugar era precioso, pero olía fatal, supongo que como en cualquier otra parte del mundo en esa misma época, una mezcla de sudor, estiércol y pescado rancio. Lo del pescado no lo entendía muy bien, hasta que bajé las escaleras y vi que había un mercado, donde habían colocado un puesto de pescado, aquel olor tan intenso me producía arcadas, así que decidí pasar de largo lo más rápido posible.

Iba caminando por una calle bastante ancha, pasaba mucha gente que parecía atareada, andando rápido de un lado a otro, y pese al calor que hacía, todas las mujeres iban tapadas hasta los pies, tenía calor solo de verlas y el caso es que tampoco se les veía sufrir mucho, supuse que estarían acostumbradas... pero me entró curiosidad y le pregunté a un indigente que había sentado en un callejón; me contestó que si las mujeres enseñaban algo de carne, se les consideraba prostitutas y perdían su honra, y me contó que se habían dado casos en que las mujeres habían protestado y algún marido le había cortado la cabeza. Pensé, pues si estos hombres vieran a algunas chavalas que van paseando por las calles de Zaragoza con pantalones que parecen bragas y camisetas que parecen sujetadores... pocas quedarían. Le dí las gracias al señor y seguí andando.

Llegué a una posada llamada "El Alfordacho", que estaba enfrente de una plaza donde varios pobres pedían limosna. Me senté en una mesa al fondo discretamente, y pedí una cerveza. Mientras la posadera me traía la jarra, apareció el que viene a ser el mensajero del pueblo, que venía del Monasterio de Valdoncellas en su caballo, estaba muy alterado, sin saludar ni nada se subió a una mesa y anunció que el rey Martín I el Humano había muerto sin descendencia, poniendo fin a los 273 años en los que reinó en Aragón la varonía de los condes de Barcelona. Todas las caras de las personas del lugar cambiaron y pasaron a ser de preocupación, todas menos la mía, que yo ya lo sabía ¡ja, ja! Puse una sonrisilla de superioridad y le dí un trago a mi cerveza, pero salió disparada de mi boca, no sabía que en esos tiempos la sirvieran caliente, parece ser que eso no venía en mi libro.

Con el caos que había dentro de la posada me escabullí sin pagar, pasé por unos bonitos arcos y me paré en medio de la calle a escuchar a dos mujeres mayores que estaban ya enteradas y decían que el recientemente fallecido rey tenía una hermana, Blanca de Aragón, pero que era una injusticia porque no podía reinar siendo mujer, las dos mujeres estaban indignadas y querían protestar, pero temían a que les cortaran la cabeza... ¡Qué crueles eran con las mujeres en ésta época, y yo que a mi novia no le puedo discutir nada...!

Un zapatero me acogió como aprendiz, y estuve viviendo en su casa como un hijo suyo durante casi dos años, sin que pasara nada interesante en los parlamentos, pero nos llegó el rumor de que algunos pretendientes a la corona abusaron de su poder llegando a matar al arzobispo de Zaragoza, porque no quería que el Conde de Urgel fuera rey. Que al final, tampoco fue, pero bueno... se ve que aquí a la mínima ya mataban.

La mujer del zapatero, nos comunicó durante una cena que mientras compraba en el mercado, el mensajero había anunciado que los días 15 y 16 de febrero de 1412 se había aprobado la concordia de Alcañíz, y que próximamente se reunirían en Caspe unos jueces para estudiar lo alegado por los pretendientes y determinar quien debería reinar. Nos alegramos bastante porque ya estábamos cansados de las discusiones del pueblo sobre este tema.

El 29 de marzo se reunieron los compromisarios que elegirían al nuevo rey; por Aragón: Domingo Ram, Francesc de Aranda y micer Berenguer de Bardají, por Cataluña: Pedro Sagarriga, Guillén de Valseca, y Bernardo de Güelbes, y por Valencia: Fray Bonifacio Ferrer, Fray Vicente Ferrer y Ginés Rabasa, sustituido a última hora por Pedro Beltrán.

Me apunté los nombres para repasármelos cuando regresara al presente, porque seguramente no me acordaría de ninguno, estarían por el libro, pero así me aseguraba.

Tras tres largos meses de espera, el día 28 de junio, nos reunimos todos los habitantes de Caspe en la fachada de la colegiata, Fray Vicente Ferrer fue el encargado de leer el veredicto, hizo un sermón y luego procedió a anunciar al nuevo rey, que fue Fernando de Antequera. Todos gritaron ¡Viva al rey! Yo me extrañé un poco, porque no hubo nadie que no lo gritara, siendo que yo mismo había escuchado a la mitad del pueblo ponerle verde al pobre Fernando. Bueno, y aquí finalizaba el contenido de mi control, así que volví al presente y aparecí en el mismo instante en el que me había ido, pero en realidad habían pasado años, fue una experiencia increíble. Mañana tengo el examen, pero en fin, si no me sale del todo bien, siempre podré ser zapatero, ¡que llevo unos dos años en el oficio!